

Mitologías neridianas

Este torrente poético que fué en vida Pablo Neruda, ciclópeo, gigantesco, ha hecho olvidar al hambre de carne y hueso, sencilla y con cierta socarronería suriana, que se contradice con el curio distanciante que ha querido atribuirse. El austero se definió a menudo como "irrinductiblemente provinciano, territorial, semiilevítico", ojeno a los Olimpos que divinizan al creador alejándolo de las necesarias multitudes. Y entre los numerosos mitos tejidos en su torno figura el del epicúreo que sólo habría Pommery Gresco y no podía prescindir del foie-gras de Estrasburgo, en lo que hay mucho de secreto rencor o envidia. Neruda, en efecto, era capaz de degustar un buen vino o de celebrar un plato que fuera de su agrado, lo que puede comprobarse en sus libros "Comiendo en Hungría", por ejemplo, escrito en colaboración con Miguel Ángel Asturias y especialmente en sus "Memorias", donde dedica páginas a describir las veladas en que con Aimar y Elsa Triolet probaban unas boteigas de Mouton-Rothschild, o bien aquella vez en que con Ehrenburg consumieron parte de la cava que Goebhels se llevó de Francia... Sin embargo, lo que no significa que desdoblara un pote u la laca o los "trípes à la mode de Cuen", sus gustos eran más simples y se dirigían a los callos de congro, a los sopas tan harto ciñentro y a las viejas recetas de la "mamáñe", allá en Temuco: "Como en todas las cosas, me costó volver a la primitivo, al vigor, tras haber practicado la superación del gusto, saboreando el 'bouquet' formalista. Pasa igual con

el arte: se emonece con la Afrodita de Praxíteles y se quiega uno a vivir con las estatuas de Oceanía".

En dos tres ocasiones me tuvo presentar la presunta "gula" de Neruda, que también suena su amiga Sara Vírl, quien dice que le encantaban el color y el aspecto de ciertos guisados pero que a la hora de comerlos probaba lo justo y necesario. En una oportunidad, en "El Castillo", de calle Orompello, cerca ya de la medianoche, mientras todos pedían enormes bites a lo pobrón o langarizos con puré picante, Neruda prefirió un cíjaco y ensalada chilena que acompañó con un par de vasos de piperno de la zona. En otra velada, en el Mercado panquista, en los puestos de mariscos, escogería alabándola las mochas qué alineó como en una ceremonia. En ningún caso se despachó medio chancho a una fuente de chicharrones -como algunos aseguran-, injusta forma de tragedia que calza más con Pablo de Hooke, cuyo apetito era si colosal.

Que no se sigan tejiendo, entonces, esas historias que hablan de un Neruda que se enfermaba al no tener su brandy favorito en casa. No pasan de ser leyendas que, en el fondo, guardan un oculto resentimiento hacia el poeta que de los bosques de la Aconcagua saltó al mundo y a la gloria y que seguramente vivienda cuando de muchos no queda ni el más leve recuerdo, ni siquiera el sombrío...

Pacián Martínez E.

El Dr. Lomejero, 25-IX-1986 p. 3

Mitologías neridianas [artículo] Pacián Martínez E.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez E., Pacián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Mitologías neridianas [artículo] Pacián Martínez E.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile